

NEW LEFT REVIEW 105

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2017

EDITORIAL

PERRY ANDERSON La primavera francesa 7

ARTÍCULOS

JULIAN STALLABRASS Sobre las fotografías icónicas de la guerra 33

TOM HAZELDINE La revuelta de las áreas industriales deprimidas 57

PATRICIA MCMANUS De Huxley a Eggers 89

OWEN HATHERLEY Las capitales de Therborn 117

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Extravagantemente: ¿un tribuno *tory*? 145

ALICE BAMFORD Desafiantemente: una liberal en la Guerra Fría 154

TOM BARKER Tranquilamente: neoprogresista 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

John Judis, *The Populist Explosion: How the Great Recession Transformed American and European Politics*, Nueva York, Columbia Global Report, 2016, 184 pp.

TIM BARKER

TRANQUILIDAD EN LA PESADILLA UNIVERSAL

En su editorial de 1896, «What's the Matter With Kansas?», el conservador editor de la *Emporia Gazette*, William Allen White, ofrecía una fulminante paráfrasis de la ideología populista que entonces recorría el sur y el oeste de Estados Unidos: «Lo que necesitamos no es más dinero, sino menos capital, menos camisas blancas y cerebros, menos hombres con criterios empresariales y más de esos tipos que presumen de ser “simples patanes”». Los descendientes contemporáneos de White entre la clase de los eruditos no han conseguido alcanzar similares cúspides de la oratoria a la hora de condenar el antiliberalismo popular al que ven extendiendo sus tentáculos por todo el mundo occidental. Pero han coincidido en una crítica similar que considera a los actuales populistas (con p minúscula) no solo envidiosos, sino inconscientes, no simplemente egoístas o equivocados, sino más allá de una comprensión racional.

En *The Populist Explosion*, John Judis, un veterano periodista de centroizquierda, ofrece un relato que –a pesar de su sobriedad– se aleja marcadamente del actual sentido común antipopulista. Su discrepancia puede resumirse en tres puntos. En primer lugar, se adhiere a una definición del populismo lo suficientemente amplia como para abarcar más de cien años de política en tres continentes, al tiempo que mantiene que la palabra significa algo más que una amorfa rebelión contra el orden liberal. Un corolario ulterior es que aunque el populismo incluye tanto a las variantes de derecha como de izquierda, ambas se diferencian entre sí (en vez de fundirse *où les*

extrêmes se touchent). En segundo lugar, Judis considera que la actual oleada de movimientos populistas es una respuesta inteligible, racional, a una crisis históricamente específica del capitalismo neoliberal. Finalmente, niega el actual temor ante el fascismo o la ansiedad sobre el futuro del liberalismo, acentuando que a diferencia de «un conservadurismo autoritario que pretende subvertir la democracia», el nuevo populismo «funciona dentro de un contexto democrático». En los tres puntos, *The Populist Explosion* puede ser contrastado con *What is Populism?*, de Jan-Werner Müller, rebatido por Marco D'Eramo en la NLR 103, que define vagamente populismo como una «sombra permanente de la democracia representativa moderna», apenas menciona el capitalismo o el neoliberalismo y advierte que «el populismo tiende a suponer un peligro para la democracia».

La principal fuente teórica a la que recurre Judis para definir el populismo es Ernesto Laclau. De él toma prestada la idea del populismo como una «lógica» política centrada en la conflictiva relación entre «el pueblo» y «la elite», donde los términos de inclusión en cada grupo se entiende que son indeterminados y controvertidos. Además de una gramática formal del conflicto político, Judis también identifica el populismo como un específico referente histórico con unos orígenes reconocibles. Señala que el objetivo de su análisis es una clase de política «que se originó en Estados Unidos en el siglo XIX, que ha reaparecido en los siglos XX y XXI, y que en la década de 1970 empezó a aparecer en Europa Occidental».

La cronología respecto a Estados Unidos es convencional, refiriéndose a los Populistas con P mayúscula que en las décadas de 1880 y 1890 crearon las Farmer's Alliances [Alianzas Campesinas] y el People's Party. La cronología del fenómeno populista en Europa invita a algunas preguntas. Dejando aparte la tradición de realizar reclamaciones nacional-populares que se remonta al abate Sieyès, los partidos agrarios europeos (como los que se asociaron con los socialdemócratas para formar coaliciones en Escandinavia durante la Gran Depresión), guardan un gran parecido histórico con los populistas estadounidenses, productores agrícolas primarios exprimidos por la deflación global de los precios agrícolas. Además, aunque Judis describe el populismo estadounidense como «trasplantado a Europa», resulta difícil ver cómo o cuándo se produjo cualquier transmisión directa. La propia narrativa histórica de Judis remonta los orígenes del populismo europeo a la ruptura de los partidos socialdemócratas y cristianodemócratas durante la crisis de la década de 1970, agravada por la redundancia de trabajadores inmigrantes en una economía con poca actividad y sugiriendo que era un desarrollo orgánico en vez de un fenómeno derivado. Finalmente, la distancia que media entre América del Norte en la década de 1890 y Europa en la de 1970 deja abierta la cuestión de América Latina, donde el peronismo de mediados de siglo proporcionó al argentino Laclau su puzle original.

Dentro de la lógica general del populismo, Judis diferencia corrientes de izquierda y de derecha. El populismo de izquierda ofrece un simple antagonismo: elites frente al pueblo. El populismo de derechas añade un nuevo elemento: elites, pueblo y una abyecta subclase (inmigrantes, minorías raciales, un lumpen proletariado dependiente, etcétera). Trump y Sanders ejemplifican esta división en el contexto de Estados Unidos, mientras que en Europa Judis diferencia entre el populismo de izquierda, provocado por las políticas antiausteridad impuestas en el sur de Europa (Podemos, Syriza, M5S), y el populismo de derecha de los partidos antiinmigrantes del norte europeo. Los últimos todavía se interpretan como respuestas a la crisis del neoliberalismo: los inmigrantes fueron traídos durante el periodo de expansión de la posguerra y su presencia se volvió explosiva cuando disminuyó la demanda de mano de obra y el malestar económico global hizo que el regreso al país de origen fuera menos atractivo. Judis insiste en que «sus quejas apuntan a verdaderos problemas», enfrentándose a aquellos que piensan que la única lección que hay que aprender de las elecciones de 2016 es la eterna perfidia del despotismo ruso, y a aquellos que ven a Macron como el líder de un emocionante y novedoso movimiento social.

El «genuino problema» es, por encima de todo, la crisis del capitalismo neoliberal. Judis recurre a la economía política radical en un grado poco habitual en los análisis predominantes, citando varias interpretaciones marxianas de la historia económica posterior a 1973, incluyendo algunas que habitualmente se contraponen. Sostiene que el *boom* de la posguerra concluyó víctima de las subidas salariales y de la militancia obrera a partir de 1968, pero también suscribe la explicación alternativa de Robert Brenner de que la competición intercapitalista ha conducido a un exceso global de capacidad en el sector industrial y, en consecuencia, a unos beneficios persistentemente bajos y a una escasa demanda de mano de obra. Al final parece alinearse más con Brenner que con los teóricos del pleno empleo como causa de la reducción de los beneficios. Igual que Brenner, llega a la conclusión de que el éxito del ataque neoliberal sobre los sindicatos y la autonomía económica nacional no ha estado a la altura del desafío de superar la crisis. La historia contemporánea desde la década de 1970 puede entenderse como una larga desaceleración, a pesar de las burbujas y los *booms* que han brillado intermitentemente con Reagan, Clinton y Blair. El significado de la explosión populista, en sus dos variantes de derecha e izquierda, es que lleva a esta crisis –sin resolver durante casi medio siglo– al centro de sistemas políticos, que han negado sistemáticamente que las cosas se estuvieran torciendo.

Esta predisposición a clasificar el populismo en versiones de izquierda y derecha, junto a la cuidadosa atención al desarrollo capitalista, diferencia a Judis de la mayoría de los liberales contemporáneos para los que las similitudes superan con creces a las diferencias: Obama, explicando el pasado diciembre

que el laborismo de Jeremy Corbyn y los republicanos de Paul Ryan tienen más en común entre ellos que lo que tienen cualquiera de los dos con los demócratas del Partido Demócrata; Yascha Mounk, recién nombrado director del Instituto Tony Blair para el Cambio Global, advirtiendo sombríamente que tanto Le Pen como Mélenchon «socavan las protecciones más básicas de la democracia liberal». La negativa de Judis a encajar todas las políticas contrarias a las élites en un solo género maligno es loable y sorprendentemente rara entre los comentaristas, pero su clasificación de los movimientos populistas históricos en casillas de derecha e izquierda invita a dudar del carácter concluyente de las categorías. Una de sus clasificaciones más idiosincráticas, por ejemplo, es encuadrar a Ross Perot en el populismo de izquierda. Perot, un excéntrico magnate de Texas, obtuvo casi una quinta parte del voto popular en las elecciones presidenciales de 1992. El que su sólida aparición ayudara a Clinton a llegar a la Casa Blanca con el 43 por 100 de los votos sugeriría la afinidad de Perot con la derecha. Realmente, en un texto anterior, Judis reconoce que «casi todos sus ayudantes más cercanos y una gran mayoría de los que le respaldaban eran anteriores votantes republicanos». Pero en *The Populist Explosion*, debido a su liberalismo social y a su idiosincrática hostilidad hacia el poder empresarial, Perot figura como un populista de izquierda, a pesar de sus locas afirmaciones de que «el Black Panther Party, contratado por el Vietcong, había tratado una vez de irrumpir en su casa».

¿Por qué hay tanta labilidad? En el relato de Judis no es solo Perot el que parece haber pasado su carrera migrando entre las variantes de derecha e izquierda del populismo. También está el populista original, Tom Watson, que defendió la organización interracial antes de convertirse en un apologeta del linchamiento; Huey Long, que «no repudiaba el racismo pero tampoco lo apoyaba activamente» y George Wallace, que en 1958 como partidario del *New Deal* se enfrentó a un candidato respaldado por el Ku Klux Klan para después reinventarse como un indeleble icono de la segregación. Judis no se equivoca al clasificar a estos personajes como esquizofrénicos políticos: la historia del populismo en Estados Unidos está llena de ejemplos de la percepción de Walter Benjamin de que «todo fascismo es una señal de una revolución fallida». Pero los más cuidadosos estudios de figuras como Watson y Wallace muestran que bajo sus aparentes mutaciones subyacen profundas continuidades. Por ejemplo, el historiador Alan Brinkley (en quien Judis «confió» para su relato sobre Long) sostenía de hecho que los disidentes de la era de la Gran Depresión como Long y el sacerdote Charles Coughlin no eran *ni* «dirigentes de irracionales levantamientos antidemocráticos» *ni* «vanguardias de una transformación social progresista». No era que hubieran fundido los dos extremos o que pasaran de la revolución a la reacción; más bien, Long y Coughlin —como el People's Party de la década de 1890— estaban librando una batalla en términos diferentes, no exactamente

atrapados por nociones contemporáneas de derecha e izquierda. Era una lucha contra el poder impersonal del gobierno burocrático y la dependencia del mercado, inseparable de la relación directa de los hogares con la producción agrícola, y que, de acuerdo con Brinkley, «ya estaba perdida» en la década de 1930. Por ello era imposible compararla cabalmente con las políticas de finales del siglo XX o principios del XXI.

Del mismo modo, Judis tiene problemas para explicar por qué tantos populistas contemporáneos se venden a sí mismos, precisamente, afirmando que trascienden la derecha y la izquierda. Este es el caso, incluso, en ejemplos aparentemente claros de populismo de izquierda como Podemos en España. Judis cita un diálogo entre el dirigente de Podemos Íñigo Errejón y Chantal Mouffe en el que el primero explica que mientras «la elite estaba muy cómoda con el eje izquierda-derecha», Podemos buscaba situarse por completo como otra cosa totalmente distinta. Aquí parte del problema deriva de la falta de atención a la cuestión nacional. ¿Cómo encaja exactamente la retórica por una definición exclusiva de la pertenencia nacional con la distinción entre un populismo de izquierda inclusivo y un populismo de derecha, que busca chivos expiatorios? No hace falta sucumbir a vagas y falsas equivalencias para darse cuenta de que Bernie Sanders no es partidario de las fronteras abiertas, o que el partido de Mélenchon se llama La Francia Insumisa. Particularmente, habida cuenta que Judis acepta el análisis de Brenner sobre la turbulencia económica global, es una cuestión apremiante considerar cómo la serie de revueltas nacionales contra el capital internacional pueden encajar entre sí sin definirse como antagónicas respecto a sus rivales nacionales en vez de a sus rivales de clase.

Estas cuestiones no son especialmente apremiantes para Judis, porque no parece creer que la explosión populista vaya a producir un triunfo populista. No habría que detenerse demasiado en el hecho de que este libro fue a la imprenta cuando todavía era posible escribir frases como «si Trump es contundentemente derrotado, como parece probable en este momento». Pero su confianza en la estabilidad del *statu quo* —a pesar de la objetiva realidad de la larga recesión— es más profunda que sus apuestas sobre las elecciones en Estados Unidos. En cualquier caso, «no es probable que Estados Unidos sufra un terremoto político que derribe al neoliberalismo y produzca un realineamiento de los partidos». Admite que, «Europa es otra cuestión completamente diferente», pero incluso aquí Judis no está preocupado por la nueva derecha. A diferencia de los fascistas, no están animados ni por el deseo de destruir físicamente a una izquierda revolucionaria, ni por la competición supranacional en pos del dominio imperial. Por muy inquietantes que sean, el FN y el UKIP son «partidos normales».

En consecuencia, Judis se permite esperar, a diferencia de la mayoría de los centristas, que la matriz de posibilidades futuras no se agota con el

desastre populista o la contención liberal. El populismo no es una aplastante amenaza ni una promesa de revolución, sino más bien una «temprana advertencia», un canario que se asfixia en una mina que lentamente se está derrumbando y de la que todavía tenemos mucho tiempo para escapar. Lo distintivo del análisis de Judis se encuentra en su combinación de tranquilidad (rechazando el pánico liberal ante la amenaza populista) y de pesimismo (encuentra en Brenner un convincente analista de las perspectivas de crecimiento del capitalismo contemporáneo). El cielo no está desplomándose pero algo hay que hacer. Los comienzos de la carrera de Judis muestran justificaciones para estas dos posiciones. Nacido en Chicago en 1941, de joven perteneció a una sección del periodo tardío de la Bay Area New Left centrada alrededor del periódico *Socialist Revolution* y el New American Movement. La yuxtaposición de estos nombres sugiere la mezcla de un optimismo nacional-popular con un marxismo crítico que va a contracorriente en el entorno estadounidense. Marcando su distancia frente a los primeros Students for a Democratic Society, Judis recordaba más tarde, sin vergüenza, «haber leído y releído *Monopoly Capital* de Paul Baran y Paul Sweezy», junto a los tres volúmenes de *El capital*. Pero mientras que el giro hacia Marx de muchos nuevos izquierdistas en Estados Unidos estaba mediado por Mao y Fanon, Judis se asoció con proyectos como el semanario socialista *In These Times*, que se distinguía por sus editoriales que invocaban la autoridad de John Adams y la trascendencia de su bicentenario en 1976 para construir su argumentación a favor del socialismo. En 1982 se trasladó a Washington colaborando frecuentemente con *The New Republic*, medio del que fue editor colaborador entre 1989 y 2014, abandonándolo, junto a otros muchos, después de un conflicto con el nuevo propietario, el cofundador de Facebook, Chris Hughes.

Esta mezcla de optimismo nacional-popular y alejamiento del marxismo ha continuado modulando el posterior trabajo de Judis. ¿Cómo puede creer, simultáneamente, que Brenner tiene razón en cuanto al exceso global de capacidad y que no hay ninguna amenaza en ciernes para la ordenada política electoral liberal? Una explicación, solamente sugerida en *The Populist Explosion* pero apoyada por el perfil de la obra general de Judis, es que espera que nuestro momento populista vaya seguido por un renacimiento de una política no populista de reformas, igual que la revuelta agraria de la década de 1890 fue seguida por el movimiento progresista (y, en Reino Unido, por el Nuevo Liberalismo). Los progresistas de comienzos del siglo XX superaron la deflación de la primera larga depresión mediante la regulación, la banca central y la consolidación empresarial; quizá en el siglo XXI se pueda hacer algo similar con la larga recesión de Brenner y sus graves consecuencias sobre los precios y los beneficios. La respuesta progresista al desafío populista ha sido un motivo recurrente en la obra de Judis. En un ensayo de 1995, publicado en *The New Republic* en colaboración con Michael Lind, pedía a los

demócratas que respondieran al fenómeno Perot reviviendo «la convicción compartida por populistas y progresistas —expresada con más vigor en este siglo por Theodore y Franklin Roosevelt, Harry Truman y Lyndon Johnson— de que lo que hace el gobierno debe ser juzgado teniendo en cuenta si beneficia o no al gran segmento productivo medio de nuestra sociedad». La locución «segmento productivo medio» (un común subterfugio estadounidense para el término clase) podía sugerir que, a diferencia de la última taxonomía izquierda-derecha de Judis, todo populismo apunta tanto a la elite como a las clases marginales. En *The Emerging Democratic Majority* (2002), texto escrito en colaboración con Ruy Teixeira, se decía que la nueva coalición liberal recordaba a «la vieja mayoría progresista republicana» de principios del siglo XX, porque «refleja tendencias sociales y económicas profundamente asentadas que están cambiando el panorama del país». Esta interpretación está presente, implícita y explícitamente, a lo largo de *The Populist Explosion*, en afirmaciones como «el impacto de Sanders (como el de Long) se sentirá más probablemente en el Partido Demócrata» y «la perspectiva de Sanders está bien representada en el Congreso por senadores como Elizabeth Warren y Sherrod Brown». Escribiendo desde el supuesto de que la segunda Clinton iba a ganar, Judis espera confiado que el desafío de Sanders y Trump se trasmutará de forma segura dentro de los confines del Partido Demócrata, igual que el desafío de Tom Watson y Eugene Debs fue supuestamente absorbido dentro de las agendas de Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson.

Los orígenes de esta idea pueden rastrearse hasta Martin Sklar, *éminence grise* de la historiografía de la nueva izquierda estadounidense, editor fundador de *Studies on the Left*, *Socialist Revolution* e *In These Times*, y un autor frecuentemente citado como inspiración en la obra de Judis. A principios de la década de 1960, Sklar introdujo el término «liberalismo corporativo» para describir la manera en que reformas ostensiblemente democráticas, como la *Progressive Era* y el *New Deal*, eran realmente obra de astutos y clarividentes capitalistas, que utilizaron el Estado en beneficio propio. El término fue ampliamente adoptado por los militantes de la New Left de la década de 1960, que pretendían explicar cómo los demócratas de Lyndon Johnson y el movimiento obrero de George Meany podían simultáneamente aceptar la guerra imperial, la represión de los levantamientos en los guetos y la expansión del gasto en bienestar social. Pero en la década de 1980, el propio Sklar había revisado drásticamente su valoración del liberalismo corporativo al que ahora consideraba no solo benigno, sino, incluso, una cierta clase de inconsciente socialismo estadounidense medio acreditado. En la alucinada prosa de Sklar, el capitalismo empresarial y sus sirvientes de la *Progressive Era* se convertían en un movimiento social a la altura de la Guerra Civil y su periodo posterior, algo que había que celebrar porque «pacificó el

populismo agrario, trascendió el capitalismo propietario y, en un sentido tanto inclusivo como exclusivo, contuvo al socialismo». Cuando Sklar falleció en 2014, todavía se consideraba a sí mismo un izquierdista, pero tenía a John Yoo como amigo personal; había cortado el contacto con Judis, pero este último publicó una nota necrológica de más de diez mil palabras en *The New Republic*. La mayor parte del artículo traducía las principales ideas de Sklar a una forma más lúcida y sugería su actual relevancia para reflexionar sobre la historia de Estados Unidos. Aunque daba algunas explicaciones del giro a la derecha de su amigo –la debilidad por un pensamiento a contracorriente «dialéctico», un afecto por la sociedad estadounidense que se remontaba al Frente Popular, la amargura por la falta de aprecio que había tenido por parte de otros izquierdistas–, Judis concluía que las «inquietantes locuras» de la década final de Sklar eran finalmente incomprensibles.

A lo largo de su carrera, Sklar mantuvo un coherente y descriptivo discurso sobre el desarrollo capitalista, de acuerdo con el cual determinados acontecimientos actuaban como puntos de inflexión, mientras invertía su interpretación pasando de un corporativismo distópico a una utópica economía mixta. Algo similar puede observarse en la obra de Judis, que alterna entre el optimismo y el pesimismo mientras conserva la atención sobre las mismas transiciones que hacen época. En su ensayo de 1995 con Lind, el futuro pertenecía al nacionalismo populista. En 2002, Judis explicaba «Why Democrats Must Be Populists» (*The American Prospect*). En 2015, advertía: «Dear Democrats: Populism Will Not Save You» (Carnegie Endowment For International Peace), porque el declive, ampliamente pregonado, de la clase media (un grupo que, careciendo de cualquier clara definición, se considera frecuentemente que es determinante para la política estadounidense en general) había sido muy exagerado. En *Emerging Democratic Majority*, las nacientes «instituciones del capitalismo posindustrial» iban desde «café-librerías y gimnasios a centros de estudios informáticos». En *The Populist Explosion*, el término «posindustrial» evoca la desindustrialización y los despidos, no un modo más elevado de tecnoproducción, y la clase media profesional/administrativa ahora era objeto de un resentimiento popular (en gran parte merecido) en vez de la vanguardia del «progresismo centrista y de los valores posindustriales». Sería fácil criticar estos giros, pero sigue siendo cierto que en *The Populist Explosion*, como en otras obras, Judis adopta un nivel de análisis sociológico y político muy por encima de casi todos los progresistas estadounidenses. Al margen del análisis que haga de la situación, se enfrenta a ella más directamente que la mayoría. Aun así, resulta difícil compartir su despreocupación por nuestra futura estabilidad política. Incluso si acabamos en el utópico escenario de una nueva *Progressive Era*, gran parte del mundo tiene razones para temblar. En un trabajo anterior, *The Folly of Empire: What George W. Bush Could Learn from Theodore*

Roosevelt and Woodrow Wilson, Judis defendía las políticas ostensiblemente no imperialistas de los progresistas. Aderezando la historia para ajustarse a los propósitos actuales, elogiaba el entusiasmo de los dos presidentes por el derecho internacional, cerrando los ojos a su continua aceptación del colonialismo europeo, a las constantes maquinaciones en América Latina y (en el caso de Wilson) a las intervenciones armadas en las revoluciones mexicana y rusa. Un final para la postura imperial, ahora como en tiempos del canal de Panamá, parece poco probable que surja desde dentro de la política nacional de Estados Unidos.